

EL MUCHACHO DE MUNDO.

¡ Los niños quieren ser viejos,
Los viejos quieren ser niños,
Nadie está bien con su suerte
Y es el mundo un laberinto!!!

L. P. A.

El escritor de artículos de costumbres no debe ser como anatómico, que despedaza un cadáver para encontrar enfermedades y vicios interiores, sino como botánico que analiza y clasifica las plantas según sus propiedades, y extrae de ellas medicinas que alivian las dolencias de la humanidad. De aquí nace la importancia de dichos artículos, que, bien desempeñados, vienen á ser fotografías sociales de provechosa enseñanza para el que las estudia, fotografías cuyo bello conjunto se descubre á primera vista, pero en cuyos pormenores y detalles hay, cada vez que los observa detenidamente, mayor encanto para el lector de sensatez y de sano criterio.

Las sociedades en su marcha progresiva y rápida por el mundo van cambiando de forma y de fondo á cada paso, y ofreciendo á los ojos del filósofo observador nuevos tipos, nuevas costumbres, nuevas tendencias. El mundo es un prisma de infinitas caras, el tiempo una luz que se refleja en él y se descompone en diversos múltiples matices, variando á cada instante el número, la intensidad y la armonía de los colores. Por eso los tipos no conocidos ayer, abundarán mañana, y los que hoy comienzan á formarse pulularán otro día con todas sus propiedades.

Uno de los tipos más comunes en nuestro siglo, en que se vive por vapor y tan de prisa, es el de los *muchachos de mundo*, ó como si dijéramos *pseudo-viejos*, mezcla informe y grosera que en realidad no puede existir: el agua de la niñez no se junta con el aceite de la ancianidad y forma un nuevo líquido, siempre permanecerán separados, y fácil será ver dónde acaba el uno y comienza el otro.

Es cierto que algunos á los veinte años han vivido el doble de tiempo y prematuros desengaños han helado el corazón y la cabeza, y se hallan viejos al concluir el primer tercio de la vida, pero no tratamos de ellos en este artículo, sino de los muchachos fatuos y fastidiosos que no saben el prólogo del mundo y dicen haber llegado al índice de la Filosofía, y que no dicen lo que sienten y no sienten lo que dicen.

Pepito es un *muchacho de mundo*, todos le conocen, en todas partes se le encuentra: si en la calle, le vereis pasar más gabizbajo y meditabundo que otro, ya con un libro debajo del brazo, ya llevando un grueso bastón que hace sonar fuertemente golpeándolo en las piedras de la calle, no se roza con nadie y frecuenta los sitios más solitarios y apartados, pues su alma grande y dolorida necesita espaciarse y buscar el reposo en el seno de la soledad.

En el teatro llama la atención por su manera de portarse, fastidia á los vecinos haciéndoles notar éste ó aquel pasaje, un verso malo ó otro sublime. Muchas veces ha leído antes la comedia que se representa, y no se cansa de repetir á las personas que tiene á su lado, que después de esta escena vendrá otra de tal modo, que entra ó sale un nuevo personaje, y que esto es de tal manera y aquello de otra, en fin, es una especie de apuntador fastidioso ó de maestro de ceremonias. En los entreactos procura toparse en el salón con las personas más caracterizadas y disputar con ellas acerca del mérito del autor, de los actores, de la obra, de los clásicos y románticos antiguos y modernos, y de todo, con una desfachatez comparable solamente con su ignorancia.

En una visita escoge siempre *Pepito* el asiento de preferencia, cerca de las señoras, con quienes sostiene conversaciones serias sobre materias peliagudas que ni él entiende ni ellas le comprenden: habla siempre del amor con las señoritas, demostrando el *sans façon* de un viejo; dice que esa pasión no existe ya, pues el oro es el termómetro del corazón de la mujer, ese *ángel demonio* dominado solamente por el orgullo, la vanidad y el egoísmo, y en fin, agrega que él es ya un hombre cuya alma gastada no puede amar, pues una mujer coqueta, como todas, jugó con su corazón y le dejó en él, el acibar de un incurable desengaño. Las mujeres, añade, son enemigos del reposo y la dicha, y apenas dignas de ser vistas por la hermosura de sus facciones, como un paisaje de Salvator Rosa ó una Madona de Rafael. Mientras tanto, en la tertulia enciende un gran puro, echa bocanadas de humo á las señoras y caballeros, se balancea en un sillón sin miramiento alguno, charla, interrumpe toda conversación, tose, escupe y se marcha, dando la mano á todos, desde la matrona distinguida hasta el hombre de Estado, desde la señorita presumida hasta el mozo pisa-verde, y acariciando el rostro de los niños, si los hay, con aire de protección.

En un baile se distingue el *muchacho de mundo*: pásese, regularmente,

en los gabinetes del salón con los hombres más graves, entremetiéndose en sus conversaciones; procura no rozarse con los jóvenes de su edad; dice que él no baila porque es el mayor disparate dar vueltas al compás de la música como saltimbanqui ó figura de tilitirero; critica á todos, habla de las muchachas y de los mozos con cierta liél, se fija en cada una y todas las cosas y costumbres de la casa, siempre fumando y riéndose de las parejas que al bailar tienen la mala suerte de pasar por cerca de él; cuando llega la cena apenas come, y se retira más tarde que todos para hacer notar que es ya un hombre *sui-juris*, no sujeto á la tutela de padres ni superiores.

Siempre está enamorado solamente para jactarse de ser correspondido; la niña acaso no lo sabe, y ya dice él en todas partes que no halla el modo de zafarse de ella, pues no le deja vivir con sus celosas exigencias, que tiene citas en altas horas de la noche, y que ¡Feliz la muchacha á quien él no conoce! De su amada tiene mil cartas (escritas por él mismo), que las guarda sigilosamente en la cartera, pero procura siempre que lo lleguen á saber otros y se descuida adrede para que las lean, y aquellas cartas son más apasionadas que las de Eloisa, y patéticas hasta el más ideal romanticismo, pero él dice que no hace gran caso de su Dulcinea, pues no cree en el amor de las mujeres, y de repente anuncia á sus amigos Pepito, que se ha separado de ella cuando quería obligarle á *dar los cinco* y él no es hombre que se deja agarrar.

¡ Casarme! ¡ Voto al demonio!
Un hombre libre y feliz
Nunca rinde su cerviz
Al yugo del matrimonio.

Y la muchacha, que tal vez no sabe la existencia de tal amante, y mucho menos su amor mental, se ve despreciada á los ojos de los amigos de *Pepito*, y acaso de muchas personas, juzgándola frívola y coqueta cuando puede ser la niña más modesta de la ciudad.

Pepito no lee novelas sino libros científicos y filosóficos que no entiende, pero es forzoso hacer el hombre serio, es escéptico hasta la exageración: amor, amistad, abnegación, valor, heroísmo, franqueza, lealtad y buenas prendas no existen, según él. Una duda perpetua le devora, pues sabe que la mujer pierde contenta al amante y el amigo vende al amigo con un beso de Judas.

Pepito en reunión de sus amigos es díscolo hasta el exceso: dice que nunca reza y que jamás va á misa, excepto cuando la oye su *chica* (ó cuando no le ven); sabe, como dicen, la vida y milagros de todas las poblaciones, y es el *timebunt* de los padres de familia y de las superiores y porteras de los colegios de señoritas, pues se las da siempre de Don Juan Tenorio.

En política es entusiasta, se halla en todo motín y algazara pública, y es liberal por convicción; y eso que seguir un principio político honradamente no es hoy cosa de moda ni de provecho.

El *muchacho de mundo* es el tipo más antipático como el más falso, piensa de un modo y obra de otro sólo por particularizarse y ser viejo antes de tiempo; cuando nadie le ve es más niño que todos, se divierte con cachivaches ó jugando con un perrito y leyendo los «Cuentos de las Hadas» y las «Aventuras de Bertoldo y Cacaceno.»

Regularmente acaba *Pepito* por arrepentirse en la vejez de los *extravíos* de su juventud, como buen católico, y queriendo aprovechar del tiempo que no gozó, viene á ser un viejo niño con pretensiones absurdas, como hay muchos, á quienes retrataremos en otro artículo, y muere con la risa en los labios y el corazón gozoso.

« Bien n'est beau que le vrai. »

Quito, Ecuador.

LEONIDAS PALLARES ARTETA.

ECOS DE ESPAÑA.

(ESCRITOS PARA «EL ALBUM DE LA MUJER.»)



EN ningún género de duda, el acontecimiento que despierta más interés es la boda de la infanta Eulalia, celebrada ayer en Palacio. Hemos retrasado un día nuestras habituales correspondencias, á fin de dar algún detalle de la ceremonia. No fué ésta muy alegre ciertamente: la memoria del malogrado monarca, arrancado en edad temprana por la muerte, del seno de su amante familia, imprimió á la solemnidad un sello tristísimo.

Vestía S. M. la reina regente un sencillo traje de merino ne-